**El odio suscita contiendas, pero el amor cubre todas las ofensas (Proverbios 10:12)
Una historia proverbialPor Ted Hildebrandt y Chatgpt**

En el corazón de una pequeña aldea soleada , dos familias habían peleado durante generaciones. Nadie recordaba con exactitud cómo empezó todo: una cabra en disputa, una cerca rota, tal vez una palabra descuidada oída y olvidada. Cualquiera que fuera la causa, los Gales y los Moran vivían en una amarga danza de sospecha y venganza. Su odio mutuo alimentaba una lucha constante entre las dos familias. Cortaban cercas, pisoteaban cosechas, y en cada reunión de la aldea, las miradas penetrantes y las palabras ásperas volaban como flechas.

En medio de esta guerra silenciosa vivían los jóvenes Eli Gale y Mira Moran. Habían crecido con advertencias: «No confíes en un Moran», decía el padre de Eli, y la madre de Mira silbaba: «La sonrisa de un Gale esconde una daga». Pero la vida, indiferente a viejos rencores, los unía una y otra vez: en el mercado, en el río, bajo el cielo infinito. Al principio, fruncían el ceño y murmuraban, intercambiando los insultos heredados de sus mayores.

Pero con el tiempo, esas pullas se suavizaron. Una risa compartida por una cabra traviesa. Una mano ofrecida cuando uno tropezó. Algo empezó a crecer entre ellos, algo tierno y tenaz como una flor de primavera que brota de la tierra endurecida.

Cuando el granero del viejo Sr. Moran se incendió una tarde sofocante, el pueblo observó. Algunos negaron con la cabeza, otros susurraron que seguramente era obra de Gale. Pero nadie se ofreció a ayudar.

Ninguno, excepto Eli.

Sin dudarlo, se adentró en el humo. Ayudó a los animales asustados a salir de sus corrales, pidió agua y apagó las llamas con su chaqueta. Mira, aunque aterrorizada, se unió a él. Juntos combatieron el fuego hasta que se desplomaron, tosiendo y cubiertos de hollín, bajo el armazón carbonizado de lo que quedaba.

La aldea bullía. El padre de Eli le gritó esa noche, furioso porque había deshonrado su nombre al ayudar a un Moran. La madre de Mira lloró amargamente, rogándole a su hija que no se dejara engañar por las "trampas de Gale", avivando aún más el odio.

A pesar de eso , algo había cambiado. Se corrió la voz. Si Eli Gale pudo salvar el ganado de Moran, si Mira Moran pudo arriesgar su vida junto a un Gale, tal vez la disputa no era inamovible después de todo.

No todos estaban contentos. Una noche, un grupo de jóvenes del clan Gale, alimentados por un viejo odio, se enfrentó a Eli junto al río. Lo insultaron, acusándolo de traición y cobardía. Cuando Eli se negó a luchar, lo golpearon, dejándolo magullado y destrozado entre los juncos.

Mira lo encontró allí. Lloró mientras le lavaba las heridas; sus lágrimas se mezclaron con la sangre de su rostro. Él solo sonrió a pesar del dolor.

—No los odio —susurró—. Los compadezco. Son prisioneros de la ira.

Tomó tiempo —las estaciones cambiaban, las cosechas subían y bajaban— pero la aldea no podía negar lo que veía. El amor entre Eli y Mira crecía como un árbol lento y obstinado, con raíces que se hundían profundamente en una tierra antaño estéril. Su bondad se extendió, una silenciosa rebelión contra las viejas costumbres. Poco a poco, los rencores se fueron abandonando. Empezaron a ofrecerse disculpas, torpes y vacilantes.

Y donde una vez el odio había provocado una lucha interminable, el amor —el amor paciente y persistente— cubrió todas las ofensas y sanó el corazón roto de un pueblo tal como lo había observado el antiguo proverbio: El odio provoca contiendas, pero el amor cubre todas las ofensas (Proverbios 10:12).